



UNA EDUCACIÓN QUE PONGA CORAZÓN AL PENSAMIENTO

Óscar Arias Sánchez
Presidente de la República de Costa Rica
Doctorado Honoris Causa, Universidad de Salamanca
Parainfo de la Universidad de Salamanca, España
2 de diciembre de 2009

Su Alteza Real, don Felipe de Borbón y Grecia, Príncipe de Asturias; Doctor don José Jesús Gómez Asencio, Rector de la Universidad de Salamanca, amigos y amigos:

Algún resquicio de mi sangre guardará quizás el recuerdo de estos pasillos, en los laberintos memoriales que heredan los siglos a las estirpes mestizas. Quizás algún antepasado mío, de rasgos borrados en el polvo del tiempo, fue discípulo de estos colegios en el legendario pasado salmantino. Algún Pedro Arias o un Alfonso Sánchez, precursores de mi vida y mi linaje, habrán atravesado los arcos de estos edificios; habrán recorrido las piedras de estas calzadas; habrán acariciado el lomo de los libros antiguos, que colman este grial del intelecto.

Pero incluso si no encuentro a Salamanca en los ramajes genealógicos de mi existencia, la encontraré en la genealogía de mi pensamiento. En Fray Luis de León, que vive entre las letras de este recinto; en San Juan de la Cruz, cuya voz aún permanece en alguna grieta de las altas bóvedas de estos castillos; en Luis de Góngora, Fernando de Rojas, Pedro Calderón de la Barca; en todos aquellos que no han muerto, porque la humanidad los lee, y al leerlos, los resucita.

Hoy traigo al recuerdo una obra de uno de ellos: *Amor y Pedagogía*, la devastadora historia de Miguel de Unamuno, que retrata los desvaríos de un padre obsesionado con educar a un genio. Aquella novela trágica, que no disimula su moraleja, constituye una metáfora de lo que ocurre cuando la educación es un sencillo compendio de datos sin valores, una transmisión de ideas sin emociones. Cuando educamos eruditos y no sabios. Cuando formamos exegetas y no seres humanos.

La educación debe transformar radicalmente al mundo, o no vale la pena. Debe ser el motor de cambio por excelencia, o ha fallado en su misión histórica. Porque no es un



fin, sino una senda. Es la vía de superación de una especie en eterna adolescencia que lucha, desde hace milenios, por alcanzar la madurez. No basta con decir “educamos”. Hay que preguntarse, “¿para qué?”. Hay que preguntarse cuál es el tipo de sociedad que estamos construyendo a partir de las artes y las ciencias.

Viendo el mundo desde este catalejo de Europa, parece ser obvio que estamos educando para construir sociedades más prósperas. El siglo XX fue, sin duda, el más prolífico multiplicador de riqueza que haya conocido nuestra historia. Cientos de millones de personas emergieron de la pobreza en las últimas décadas. Por primera vez desde que existe memoria, más de la mitad de la población mundial pertenece hoy a la clase media. Un planeta que crece a un ritmo exponencial ha logrado enfrentar, con sorprendente ingenio, la escasez de recursos que su expansión significa. La tecnología ha conectado las esquinas del mundo, componiendo un morral con todos los seres que viven en husos horarios distintos. Materialmente, nunca hemos estado mejor. Pero resulta evidente que ese desarrollo material, aunque indispensable, se ha quedado corto.

El mismo siglo XX, caudal de fortunas y de oportunidades, fue también vidriera inmensa de una *barbarie* sin precedentes, un salvajismo que nunca desplegó ni el más primitivo de los trogloditas. Nunca antes el ser humano logró asesinar a tal escala. Nunca antes el odio envenenó tanto las palabras. Nunca antes la muerte reinó con tal impunidad sobre las comarcas de todas las razas. Nunca antes tantas lágrimas rociaron las piedras de la indiferencia. Nunca antes tantas mentes, tantas ideas, se despeñaron en el barranco de la tortura y de la violencia.

¿Cuál fue el papel de la educación en todo esto? ¿De qué manera la academia contuvo el declive del espíritu humano? ¿Fueron acaso analfabetas los gestores del peor genocidio jamás registrado? ¿Fue acaso la ignorancia de los textos, de los códigos, de los pensamientos de los sabios, la culpable de las guerras civiles en que se aniquilaron millones de hermanos? ¿Fue que nos faltaron maestros, o fue que nos sobraron soldados? Perdonen que lo diga en este Paraninfo deslumbrante. Perdonen que lo diga en este templo de los siglos. Pero la educación no fue suficiente. Con la venia del mítico rector salmantino, esta tarde les digo que al mundo le hizo falta introducir en su currículo, una asignación de *Paz y Pedagogía*, de *Libertad y Pedagogía*, de *Democracia y Pedagogía*. Le hizo falta ponerle corazón al pensamiento.

Paz y Pedagogía quiere decir educar para la paz y con la paz. Nada hacemos con forjar letrados que no comprenden el valor de una vida. Nada hacemos con formar catedráticos para quienes la guerra se justifica. Nada hacemos con graduar estudiantes para quienes da lo mismo que mueran decenas de personas cada día, en la más cruenta, la más absurda, la más aberrante de las violaciones a los derechos humanos: el enfrentamiento armado.



Sé bien que toda buena universidad alberga reservas en torno a mezclar las cuestiones académicas con las morales. Es cierto que pretender darle una orientación ética a la educación puede ser, con demasiada facilidad, una trampa para el adoctrinamiento en determinado credo o ideología. Y ése es un riesgo siempre presente en la enseñanza: el riesgo de pretender pasar, como visión de mundo, lo que no es más que la opinión de unos cuantos, o incluso de la mayoría.

Pero el relativismo axiológico no puede ser llevado al extremo de que nos vuelva sordos ante el clamor de las víctimas de Irak y de Afganistán, de Colombia y de Sudán, de Somalia y de Myanmar. No puede ser llevado al extremo de que poco o nada nos importe que la gran mayoría de las muertes de guerra en la actualidad, las sufran los civiles inocentes y no los ejércitos que deciden pelear. No puede ser llevado al extremo de que nos resulte un hecho curioso de la ciencia moderna, que existan 23.000 ojivas nucleares aguardando un descuido o una locura en los bodegones de las potencias militares. No puede ser llevado al extremo de que nos dé lo mismo que haya en el mundo más de 640 millones de armas pequeñas y livianas, tres cuartas partes en manos de civiles, y que esas armas fluyan libres a través de las fronteras, mientras no acabamos de decidir si aprobaremos el Tratado sobre la Transferencia de Armas, que Costa Rica ha presentado ante la Organización de Naciones Unidas. El poder de destrucción de las armas convencionales ha probado ser mucho más letal que el de las armas nucleares. ¿Quién dijo que matar a miles, de un golpe, es peor que matar a miles, poco a poco, todos los días? No importa cuán objetiva pretenda ser nuestra educación, no puede ser tan objetiva que permanezca impasible ante este nivel de violencia.

No hay que seguir ninguna ideología para comprender que es una insensatez que el mundo gaste 4.000 millones de dólares diarios en armas y soldados, mientras una quinta parte de la humanidad vive con menos de un dólar al día. No hay que seguir ninguna ideología para comprender que es el peor signo de miopía que los países ricos gasten diez veces más en apertrechar a sus ejércitos, que en ayudar a las naciones en vías de desarrollo. No hay que seguir ninguna ideología para comprender que con una fracción de lo que destinamos a la industria de la muerte, podríamos preservar la vida en el planeta; podríamos cumplir, finalmente, la quimera de la alfabetización universal, el sueño de un mundo en donde todos tengan acceso al agua potable y la electricidad, la utopía de un planeta que logre controlar el calentamiento global. Con sólo una fracción y nada más.

Si las universidades no pueden enseñar esto. Si las escuelas y los colegios fallan en transmitir la elemental preocupación por la paz, la educación fracasa como instrumento de cambio; fracasa como vía para sanar los dolores de la humanidad.

Educar para la paz y con la paz quiere decir reconocer todas estas cosas. Y quiere decir, además, construir en las aulas el mundo que queremos ver en las calles. Muy a menu-



do, hay un afán competitivo y violento en nuestras escuelas. Se les permite a los estudiantes una guerra de palabras que es el germen de la guerra con las armas. Se les enseñan valores patrióticos que rayan en la xenofobia, y hay un énfasis continuo en retratar al “otro” como el enemigo a vencer. Se les educa en un mundo dividido por fronteras y nacionalidades, cuyo avance histórico sólo se mide en triunfos bélicos y campañas militares. En ningún lugar es esto más claro que en Latinoamérica, en donde los estudiantes son más capaces de narrar las glorias de caudillos tropicales, que la vida de los luchadores por la paz mundial. Y esto es preocupante porque si hacemos de la paz una asignación extracurricular, acabará por ser una actitud extracurricular, una rareza de los bohemios y los soñadores, y no la misión de los académicos y los doctores.

Para educarse en la paz, nuestros jóvenes necesitan desarrollar empatía con quien vive en circunstancias diversas. Necesitan comprender que hay un mundo más allá de sus narices y de sus fronteras. Necesitan hablar y pensar en idiomas extranjeros. Necesitan viajar, aunque sea a un barrio más pobre o a una aldea cercana pero diferente. Necesitan tener una idea de cuán interconectado está el destino de todos los seres humanos, porque sólo entonces entenderán que la seguridad está en declararle la paz al mundo, y no sólo a los aliados o a los amigos.

Junto con todo esto, nuestros jóvenes necesitan comprender el valor de su libertad y la de sus vecinos. Deben entender cuán inmensa es su capacidad de transformar el curso de las cosas. Deben aceptar, aunque les cueste, que son responsables por el ejercicio de cualquier derecho o prerrogativa que les haya sido concedida, y que en el ejercicio de esa libertad, pueden cambiar el mundo para bien o para mal. *Libertad y Pedagogía* es el segundo tema de mi exposición.

Encontrar un equilibrio entre educación y libertad es, quizás, uno de los más antiguos dilemas de la enseñanza. Es la tensión entre el adiestramiento y la ilustración; entre la memoria y la imaginación, que se mueve como un péndulo en las diversas etapas de la historia pedagógica. Esta tarde quiero decirles que una educación para la paz, sólo puede ser una educación para la libertad; sólo puede ser una educación creativa en el más amplio sentido de la palabra. Los regímenes totalitarios han sido siempre excelentes adiestradores, pero nunca han educado para la libertad.

En un mundo en donde las generaciones más jóvenes dominan herramientas que nosotros ni siquiera alcanzamos a comprender. En un mundo en donde se produce más conocimiento en cinco años que en toda la historia de la humani-



dad. En un mundo en donde un reproductor de música de 10 centímetros contiene tecnologías más complejas que las que pusieron a un hombre en la Luna, nuestros estudiantes necesitan dirección más que información, discernimiento más que adiestramiento. Necesitan comprender su capacidad de transformación y ejercer esa capacidad.

Esta tarde les digo: no hay que tenerle miedo a la libertad. No hay que tenerle miedo a ese galope creativo que destruye a su paso los dogmas y los prejuicios. No hay que tenerle miedo aunque demuela las paredes del pensamiento antiguo; aunque revuelva el polvo de las tradiciones que han permanecido intocables durante siglos. En verdad les digo que un mundo mejor no está escondido en los archivos; no vendrá del acervo de costumbres que en el pasado nos han llevado, una y otra vez, al borde del abismo. Un mundo mejor vendrá de la imaginación. Vendrá del germen sempervirente del ingenio humano. Hay que confiar en ese germen. Hay que poner en él toda la esperanza que hemos rescatado de las fauces de la frustración. Hay que creer que el futuro es nuestra más conmovedora oportunidad y que depende, enteramente, de la libertad que les demos a nuestros pueblos, y a nuestros estudiantes, para rectificar el rumbo.

Un último tema me resta por mencionar, y es la imperiosa necesidad de enseñar en nuestros currículos la importancia de la democracia. Antes que argentinos o panameños; antes que japoneses o indios; antes que sudafricanos o congolese; antes que alemanes o ingleses, nuestros estudiantes deben ser ciudadanos.

Nunca en la historia de la humanidad dos verdaderas democracias han ido a la guerra. Nunca en la historia de la humanidad pueblos con libre albedrío han decidido exterminarse mutuamente. Hay una planta sembrada en el centro del ágora griega, que envía a los cuatro vientos las esporas de su racionalidad. Es nuestra responsabilidad ser un campo fértil para que esas esporas logren traernos, con la democracia, el fruto de la paz.

Yo vengo de una región que, al igual que España, aún tiene visibles sobre la espalda las marcas del cepo dictatorial. Vengo de una región que, al igual que España, alberga todavía el recuerdo de abominables satrapías ejecutadas en nombre del bien público o del interés nacional. Vengo de una región que, al igual que España, vio a sus mejores hijos e hijas huir hacia el exilio, y perdió una generación entera de pensadores desperdigados por el mundo.



Al menos en Latinoamérica, ningún movimiento experimentó más opresión que el movimiento estudiantil; ningún habitante sufrió traumas más profundos que los alumnos de las universidades. En aquellas épocas oscuras, Latinoamérica fue un *campus* en donde siempre sonaba la trova de Víctor Jara y de Violeta Parra, la voz de Mercedes Sosa *cantando al sol como la cigarra*. Fue una edad en la que los estudiantes comprendieron la trascendencia de su libertad. En la que se dieron cuenta de que la política no era sólo el oficio de presidentes y generales, sino de todos los individuos de una sociedad.

Apenas dos décadas después, cuando América Latina ha vuelto a ser noticia mundial por el triste acontecimiento de un golpe de Estado, veo en toda la región un fenómeno generalizado de abulia política, de desidia ante los eventos que tejen y destejen el destino de nuestros pueblos. No sólo en la República de Honduras, sino en buena parte de Latinoamérica, la población no parece entender el costo de sus derechos, ni la importancia de su democracia; no parece entender la necesidad de tener claras las reglas del juego, ni la obligación de obedecerlas; no parece entender el riesgo de volver al pasado si no evitamos conductas como las que antecedieron, y sucedieron, al rompimiento del orden constitucional de una nación hermana.

¿Cuántas horas habrán dedicado nuestros profesores a los acontecimientos del 28 de junio en Tegucigalpa? ¿Cuántos, en su demencial carrera por acabar el programa del curso, se empeñaron en motivar en sus estudiantes un análisis crítico de las circunstancias? ¿Cuántos han expresado preocupación ante las alarmantes compras de armas que este año impulsarán a la región a gastar, en sus ejércitos, casi 60.000 millones de dólares? Y no me refiero sólo a profesores de Derecho o de Ciencias Políticas. Me refiero a profesores de Matemáticas y de Biología, de Artes Plásticas y de Ingeniería. ¿O es que sólo necesitamos consciencia democrática en los que quieren dedicarse al gobierno y a la política? ¿Es que en nuestro currículo la democracia es una materia optativa?

Si hemos de forjar estudiantes-ciudadanos; si hemos de crear una verdadera consciencia política en nuestra sociedad, hay que empezar por construir una cultura de *Democracia y Pedagogía*. Hay que empezar por enseñarles a nuestros jóvenes el valor de una institución electoral, la jerarquía de una Constitución Política, el respeto a una autoridad civil, la obligatoriedad de una resolución judicial. Hay que empezar por enseñarles la compleja red de instituciones que hacen posible el ejercicio de garantías que dan por sentado, desde su libertad de



tránsito hasta su libertad de pensamiento. Hay que empezar por enseñarles aquello que alguna vez dijera Jorge Debravo, el más grande poeta de mi pueblo, que *“la paz no es una medalla / la paz es una tierra esclavizada / y tenemos que ir a libertarla”*. Todos los días. En todas las horas. En cada lección y en cada asignatura.

La paz, la libertad, la democracia, son obras eternamente inconclusas, libros de tinta siempre fresca en los anales del tiempo. Si la educación no toma la pluma, si la academia no empuña el grafito, perderemos aún más páginas en garabatos violentos, en el galimatías inescrutable de la guerra, del odio y del enfrentamiento, que ha llenado ya demasiados tomos en la historia de nuestros pueblos. Pero si la universidad actúa, si las escuelas y los colegios asumen con mayor vehemencia su papel en la transformación del mundo, no habrá destino de error para quienes apuesten por el conocimiento con propósito, por la enseñanza que responde a un *“para qué”*. Ése es el reto que, juntos, tenemos pendiente. Es el reto de una mayor educación, pero es ante el reto de una mejor educación. De una educación que ponga corazón al pensamiento.

Su Alteza Real, Señor Rector, amigas y amigos:

El Claustro de Doctores de la Universidad de Salamanca ha decidido hacerme el honor, el inconmensurable honor, de otorgarme esta tarde un Doctorado Honoris Causa. La gratitud que me inunda no puede ser expresada en palabras. Este *“archivo de las ciencias”*, como la llamó José de Espronceda, sabe bien que no hay vocablos para las emociones más fuertes del espíritu. Si estas paredes y estas cúpulas, que han escrutado el ánimo de miles de hombres y mujeres, saben leer el brillo de mis ojos, el temblor de mi pecho, el trote de mi corazón conmovido, entenderán que no hay discurso que pueda articular mi agradecimiento.

Confío en que, si no he hecho yo méritos para honrar este reconocimiento, ciertamente los ha hecho la pequeña Costa Rica. Es en nombre de mi país y de mi pueblo que acepto esta distinción. Soy uno más de los cuatro millones y medio de habitantes que pueblan una de las naciones más pequeñas de América continental. Soy uno más de los cuatro millones y medio de habitantes del primer país en la historia en abolir su ejército y declararle la paz al mundo. Soy uno más de los cuatro millones y medio de habitantes que luchan, todos los días, porque la humanidad logre firmar un armisticio en la guerra contra la naturaleza. Soy uno más de los tripulantes de aquella pequeña barcaza que atraviesa las procelosas aguas del tiempo, armada con la vela de su esperanza y el timón de su entendimiento.

La Universidad de Salamanca, faro antiguo que corona los riscos de la razón, ha elegido señalar con su luz el navío costarricense. Ha elegido destacarlo entre las inmensas



TESI, 11 (3), 2010, 425-432

fragatas que surcan las aguas. Con este reconocimiento, Salamanca le dice a otros bajel-les más poderosos, a otros buques más potentes, “*sigan a aquella pequeña barcaza, que no ha perdido la brújula de la paz, aún en medio de la noche y de la niebla*”.

Miguel de Unamuno le dijo a esta ciudad: “*de entre tus piedras seculares, tumba de remem-branzas del ayer glorioso, de entre tus piedras recogió mi espíritu, fe, paz y fuerza*”. Yo que no me he dado por vencido, yo que no planeo abandonar la lucha, pido a Salamanca fe para continuar creyendo en el pozo del alma humana; paz, para convencer y no vencer a quienes abogan por la violencia y las armas; y fuerza, para no bajar los brazos, para no perder el aliento, para nunca arriar las velas en la larga travesía por construir un mundo a la altura de nuestros sueños.

Muchas gracias.

Para citar el presente artículo puede utilizar la siguiente referencia:

Arias Sánchez, O.: (2010). “Una educación que ponga corazón al pensamiento”. En De Pablos Pons, J. (Coord.) *Buenas prácticas de enseñanza con TIC* [monográfico en línea]. Revista Electrónica Teoría de la Educación: Educación y Cultura en la Sociedad de la Información. Vol. 11, nº 1. Universidad de Salamanca, pp. 425-432. [Fecha de consulta: dd/mm/aaaa].
http://revistatesi.usal.es/~revistas_trabajo/index.php/revistatesi/article/view/6222/6299
ISSN: 1138-9737